



ROMANOVA GALA
(UNIVERSIDAD MGIMO, MOSCÚ, RUSIA)

EVITA, A TRAVÉS DE SU DISCURSO

En el artículo se analizan los recursos léxico-estilísticos del discurso de Eva Perón, esposa del 21 presidente de Argentina, que llegó a ser “la argentina más adorada y denostada de todos los tiempos”. Su manera de aparecer en público, pronunciar discursos, su vocabulario exiguo y sencillo, los medios estilísticos, pragmatolinguísticos y oratorios resultaron tan eficientes que no sólo llegó a crear una imagen muy elaborada, sino un culto que sigue teniendo adeptos dentro y fuera de su país.

Palabras clave: artefacto, imagen, discurso, concepto, léxico, medios estilísticos.

En este artículo me propongo analizar detalladamente el lenguaje del famoso libro de Eva Perón “La razón de mi vida” [1] y algunos discursos de la segunda esposa del presidente argentino Juan Domingo Perón, también publicados [2].

MARCO TEÓRICO

Ya me tocó hablar, más de una vez, de la imagen que las personalidades del mundo del espectáculo, la política, el deporte argentino elaboran y construyen como si fuera un **artefacto**, cuya estructura se compone de tres componentes: **creador de imagen** (la propia personalidad, ayudada muchas veces por asesores de imagen) — **imagen como artefacto** — **consumidor** (personas, público o sociedad dispuestos a rendir una especie de culto) [3, 4, 5, 6]. Analizando, en plano diacrónico, algunas figuras de ámbito latinoamericano he intentado aplicar al estudio del discurso la idea cultural de que un artefacto se convierte en un hecho cultural cuando encuentra a un consumidor, pero solo en el caso de que éste le rinde una especie de culto, lo adora [7, p. 216]. Los investigadores de la Universidad Lomonósov de Moscú V. Zinchenko, V. Zusman y Z. Kirnose demuestran en el mencionado libro cómo interactúan y se retroalimentan los tres componentes durante la vida del artefacto, la cual se acaba cuando desaparece el consumidor. Es de notar que, muerto el autor, el artefacto, a veces, sigue desarrollando su existencia como hecho cultural: sus adoradores lo mantienen con vida, — baste recordar tantas obras de autores de antaño. Incluso, desaparecido el propio artefacto, su imagen puede seguir viviendo como hecho cultural, venerada su memoria por sus admiradores, que la transmiten de generación en generación. El componente que resulta decisivo es el consumidor, pues tantos artefactos e ídolos de ayer arrastran su vida relegada al olvido, cuando el público deja de adorarlos.

Ahí está el secreto de la “gloria eterna”, o resurrección de algunos artefactos que parecían destruidos, olvidados o muertos para siempre: de pronto, la bandera del creador desaparecido la recoge un sucesor,

que retoca el artefacto en función de los nuevos gustos del público, con tal de que éste lo reconozca como su ídolo nuevo y lo adore.

¿Cómo acertar y congraciarse con ese consumidor nuevo? Partiendo del supuesto de que una imagen bien lograda es una especie de artefacto convertido en un hecho de cultura, parece factible recurrir, para su estudio, a la noción de **fractal**, usada con éxito por los culturólogos indicados arriba [7, p. 43–52]. Aunque este término surge en el seno de las ciencias naturales y exactas, la idea de que el fractal es un fragmento de un todo, cuya estructura y propiedades son equiparables a las del objeto en su conjunto, ayuda a encontrar la clave del éxito. Conociendo las características y propiedades de la sociedad, o su estrato, cuya atención o favor se busca, el creador de la imagen podría moldear (o retocarla) al gusto de su público. Y viceversa: estudiando detenidamente la imagen adorada, se puede llegar a conclusiones respecto a la sociedad misma, por mucho que intente ocultar o embellecer algunos rasgos suyos.

En la actividad constructora de su propia imagen hay campeones y perdedores. Eva María Duarte Ibarguren de Perón pertenece, indudablemente, a la élite de campeones: su artefacto, “Evita”, ha trascendido las fronteras de espacio y tiempo, convirtiéndose en uno de los conceptos de cultura universal. Este artefacto, creado por la propia Eva Duarte en 1943–1952, fue recreado *post mortem* por toda una serie de artífices en el lugubre periplo de su cuerpo embalsamado, que duró desde 1952 hasta 1974, cuando su cuerpo encontró, al fin, la paz en el porteño cementerio de la Recoleta. Su cuerpo murió, sí, pero el artefacto, no. Paralelamente a esta recreación de “princesa encantada” hubo otras dos. Una, en carne y hueso, a cargo de su viudo, Juan Perón, casado en segundas nupcias con “Isabelita”, creada a la imagen y semejanza de “Evita”, que intentaba adaptarse al gusto y requisitos de otros públicos. Duró poco, de 1973 a 1976, porque sus autores carecían de talento. La otra imagen, incorpórea y muy a tono con las tendencias democráticas de los años setenta, tiraba a la izquierda. Juan José Sebreli, autor argentino del libro “Comediantes y mártires” caracteriza esta entelequia como “*una versión mejorada por criolla de Rosa Luxemburgo*”, casi revolucionaria y guerrillera. Otra versión, también muy popular, a la “izquierda caviar”, como dice Sebreli, está hecha según los gustos del público más rico y pudiente, a que estaba dirigida [8, p. 80], y recreada en bolsos, peinados y camisetas de las mejores casas de moda mundiales.

Mucho más universal y lograda fue la versión musical de A. Lloyd Weber, que en los años 70 empezó su andadura en Broadway y recorrió los teatros del mundo entero. Luego, en 1996 en Hollywood aparece la famosísima película de Alan Parker “Evita”, protagonizada por Madonna, que llevó la idolatrada imagen a rincones más remotos del mundo. Seguro que habrá más y más reencarnaciones, aunque de momento sus fieles seguidores se ven obligados a contentarse con varios sitios en Internet, unos monumentos, un museo y algunas exposiciones temporales montadas por sus parientes. Nuestra época de consumismo, que los culturólogos más pesimistas llaman “posthumanismo”, acaba de lanzar al mercado el anuncio de unos fermentos lácteos “Evita”, para hacer yogures caseros, y está a la espera de aparición de un billete de Banco de Argentina con la efigie de Eva Perón.

Pero volvamos a los orígenes y al talento. En el proceso de elaborar la imagen su creador mantiene una constante comunicación con su público meta; sin embargo, el autor, el artefacto y los admiradores no están en el vacío. Para conseguir el éxito, han de tomar en cuenta **el ambiente, a menudo muy adverso**, que también participa en la retroalimentación, y ese “feed back” muchas veces resulta desanimador y frustrante. Vivir en una torre de marfil, hacer oídos sordos a los ataques enemigos no siempre resulta fructífero, hay que lidiarlos. Para esto hace falta mucho coraje, firmeza, fidelidad a sus principios y espíritu aventurero, en fin, **carisma** y mucha **empatía**. Empatía no es lo mismo que simpatía, ni antipatía tampoco. Es lo que en español se llama “don de gentes”, un talento especial para sentir, presentir, entender, adivinar, intuir lo que tus interlocutores sienten, piensan o se proponen hacer, captar sus señales y salirles al encuentro. Cambiar sobre la marcha tus técnicas sin renunciar a tus planes estratégicos. La empatía no supone “aceptar”, ni “estar al quite”, sino implica descifrar a tiempo, y correctamente, las intenciones de la contraparte, sean tus partidarios o adversarios, para allanar el camino de entendimiento.

En mis artículos anteriores, dedicados a los principales “ídoles” argentinos, he intentado mostrar la base de ese talento, analizando los instrumentos con que forjaban, tallaban y retocaban su imagen, — conceptos, palabras clave etc., — como lograron llegar a ser “ídoles” de la sociedad, convirtiéndose en su fractal, o micromodelo de la sociedad. Sus artefactos tienen una base común, indispensable para un “ídolo” argentino: el origen bajo y oscuro, el salto a la fama, una atmósfera misteriosa que los rodea, encubre detalles dudosas, — la sociedad argentina se reconocía en ellos, se identificaba con su imagen, lo que les brindó una adoración casi religiosa y explica casi total ausencia de envidia, en vida y *post mortem*.

El gran Borges lo explicaba así: “El arrabal se nutre de arrabalero de la calle Corrientes sobre todo después de su muerte, por la industria cultural y reafirmado por los intelectuales populistas con su culto a los ídolos populares.” [8, p. 9]. Para explicar, la calle Corrientes es una calle de teatros, de intelectuales bien establecidos, de éxito. Crea y vende imágenes atractivas de “arrabalero” que embellecen la horrible miseria de arrabales, despertando esperanzas.

DEL AUTOR DEL ARTEFACTO

Eva María Duarte Ibarguren de Perón publica su libro “**La razón de mi vida**” en 1951. Para entonces ya había recorrido la mayor parte de su camino estelar, le queda un año de vida. En el libro ha plasmado toda su experiencia política, social, humana y artística. Está en la cumbre de su popularidad, de la que Juan José Sebreli dice: “El culto de los héroes populares ha arraigado con tanta facilidad en la imaginación de los argentinos porque existía una tradición cultural que provenía del siglo 19. La necesidad de inventarse una historia heroica que diera fundamento y estabilidad al incipiente Estado nacional ... donde se inculcaba una verdadera “**religión cívica** “. Los niños se educaban en una emotividad exacerbada que no favorecía la formación de una mentalidad racional y crítica; **se forjaban patriotas pero no ciudadanos.**” [8, p. 29].

En el libro Eva Perón “se inventa” una historia, y lo hace con tanta verosimilitud que acaba por identificarse con su “Evita”, vive plenamente su vida y muere como su creación debe morir: “*por muy lejos que haya que ir en el sacrificio no dejaré de estar a su lado, hasta desfallecer*” [1, p. 35]. Ya no es su “alter ego”, es ella misma.

Todo lo que no le venía bien a su artefacto, quedaba desechado, pero no callado del todo, convirtiéndose en una aureola de rumores, mitos, escándalos, tan necesaria para un verdadero ídolo. Los rumores de su niñez, del arranque de su carrera, de su papel y del daño físico sufrido en la liberación del general de la cárcel, su viaje por Europa, en fin, cada paso requiere un comentario de la autora, una respuesta, y la da en su libro.

Corren rumores (¡nada confirmados, como otros tantos!) que en la redacción del libro Eva Perón era ayudada por el periodista español Manuel Penella de Silva, que la preparación de sus famosos discursos corría a cargo de Muñóz Aspiri. Quizá sea la verdad, porque en lo que a la gramática española se refiere, no comete ni una sola falta, no se permite ningún argentinismo, lo que es raro para una argentina con muy pocos estudios. Pero me consta que esta argentina tan ambiciosa, cuya madre era emigrante vasca, tiene gran talento artístico, oratorio, político y humano. Se vuelca en todas estas actividades y aprende en ellas. Hizo suyos esos largos periodos condicionales, el Pluscuamperfecto de Subjuntivo, todo lo que le han inculcado sus maestros. Lo subraya más de una vez en su libro: “*él maestro, yo alumna*” [1, p. 62]; “*muchas de las cosas que diré son enseñanzas que yo recibí gratuitamente... y que no tengo tampoco derecho a guardar como un secreto*” [1, p. 14].

El principal Pigmalión era el presidente Perón, por supuesto, pero no era el único. Qui nocet, docet, — afirma el refrán latino, y ella supo escarmentar en sus errores, que destacaban a gritos sus enemigos: “*una mujer superficial, escasa de preparación, vulgar, ajena a los intereses de mi Patria, extraña a los dolores de mi pueblo, indiferente a la justicia social y sin nada serio en la cabeza*” [1, p. 14]. No hace oídos sordos a esas críticas, como harían y hacen tantas en su lugar, no se cierra en la torre de marfil. Se levantaba cada mañana a las cuatro para aprender, y a las ocho ya pedía informes a sus empleados sobre como habían cumplido lo encomendado el día anterior. No ha triunfado como actriz de cine y teatro, pero se ha impuesto en el teatro político, dándolo todo de sí. Ha fracasado como madre, no tuvo hijos propios, pero se hizo madrina de 7800 niños argentinos, brindándoles escuelas, sanidad y deporte gratuitos, derecho a voto a sus madres, vacaciones pagadas a sus padres.

El léxico de su discurso es más bien pobre e iterativo, lleno de frases banales: “los textos de sus discursos fueran de una pobreza insuperable, plenos de cursilería...y de lugares comunes. Apelaba al “corazón” en cada párrafo” [11, p. 214]. Pero el pueblo, sobre todo las mujeres trabajadoras, lo entendía, la seguía con entusiasmo y confianza porque, **primero**, iban dirigidas a los estratos más profundos de su ser, su lenguaje es sentimental y no intelectual; **segundo**, porque aprendió a elegir y usar los recursos discursivos adecuados y eficientes (verbales, — tanto léxicos como estilísticos, no verbales, — entonación, gestos, y extralingüísticos), **tercero**, porque el pueblo sabía por experiencia que sus palabras no eran vacías.

Hay gente que, analizando el discurso peronista le reprochan a Evita no haber pronunciado ni una palabra propia, repitiendo todo lo que decía Perón [11, 211]. Y ella misma lo confirmaba sin cesar,

saliendo al encuentro de estas críticas y desarmando a sus detractores y adversarios: “yo no era ni soy nada más que una humilde mujer ... un gorrión en una inmensa bandada de gorriones” [1, p. 10]. Pero la verdad es que ha hecho suyas las ideas y las palabras del peronismo, que llegaron a formar una parte indivisible de su personalidad. Como alumna era muy aplicada y obtuvo muy buenos resultados, lo que incluso le valió el reproche de querer hacer sombra al propio presidente, su esposo. En el forcejeo con los “supercríticos” no escatimaba palabras de autohumillación, que exaltaban a éste: “Nos casamos porque nos quisimos y nos quisimos porque queríamos la misma cosa ... él, con la inteligencia; yo, con el corazón, él culto, yo sencilla; él enorme, yo pequeña, ... El, la figura y yo la sombra. ¡El, seguro de sí misma, y yo, únicamente segura de él!” [1, p. 62]. Más que fundados eran los reproches a Evita de tanto poner por las nubes y glorificar a Perón, y, muerta ésta, la iglesia católica la condenó por haber creado su culto. El fundamento eran las comparaciones con Alejandro Magno, Colón, Napoleón, San Martín y hasta Dios, y los elogios, repetidos por ella sin cesar: “El era un cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las cumbres y cerca de Dios” [1, p. 10]. Tanto el libro, como sus discursos orales están llenos de adjetivos, superlativos y comparaciones, exaltando al esposo: sobrio, llano, madrugador, sencillo y humilde, insaciable en su sed de justicia, su personalidad vigorosa de conductor, su franqueza, su grandeza, su genialidad. “Para saber como es **el sol** no basta ni su descripción ni su pintura, y nadie si no es loco, intenta hacerlo. Para saber como es, hay que salir a mirarlo, y aun mirándolo no se le puede ver sin deslumbrarse” [1, p. 53].

Pero el verdadero culto no se rendía a él sino a ella, y tenía razón el Vaticano, porque el culto de Evita no era precisamente católico, sino, más bien, pagano o sincretista. La prensa peronista atribuía su enfermedad y la muerte a la brujería, la gente llana le erigía altares como si fuera una santa, la histeria de masas que perdieron en ella la “líder espiritual de la Nación” les llevó a tal grado de exaltación que tenían visiones de su rostro entre las nubes. En fin, un apocalipsis nacional agravado por el fracaso del proyecto peronista. Una locura que duró varias décadas más.

Evita no es mi tipo, ni soy su incondicional admiradora. Comprendo y comparto las críticas de su manera de ser y de hacer las cosas. Pero hay que darle lo suyo: su vida, su personalidad y su artefacto-imagen es todo uno. Una coincidencia muy rara, casi única. En este camino su don de empatía, el constante intercambio de información con sus partidarios y adversarios la hacía desechar todo lo que no encajaba en la figura de “Evita”. Abandonó los trajes de alta costura (a su muerte, sus detractores los encontraron 400 en su guardarropa), los pieles más lujosos (dicen que una rarísima capa de armiño era regalo de Stalin). Llegó a cultivar su estilo propio: un modesto traje sastre y un moño en la nuca.

Al casarse con Perón, optó por presentarse como María Duarte de Perón, pero el pueblo insistía en llamarla Evita: el nombre de María les parecía demasiado santo para ella, tan apegada al amor terrenal.

VALORES Y CONCEPTOS

La nueva personalidad de Eva Perón se refleja claramente en el discurso. El discurso se entiende en el artículo *como evento comunicativo que verbaliza cierta mentalidad y, a la vez, como resultado verbal o escrito de un acto comunicativo que se interpreta por los receptores del mensaje y posee características tanto lingüísticas, como extra lingüísticas* [16, p. 31–40]. Comparados sus textos discursivos con los del presidente Perón, se ve que hay mucha distancia entre ellos, estilística y estructuralmente. El mensaje viene a ser casi el mismo, pero el modo de expresarlo, el estilo siempre asertivo, imperativo o negativo, falta de mitigadores y escasez de adjetivos, tiene como consecuencia el impacto que es totalmente diferente al del discurso de Evita.

La visión del mundo que ofrece el peronismo a sus seguidores se apoya en el nacionalismo exacerbado — “argentinitismo”, la idea nacional — patriotismo niega todo lo extranjero, todo lo internacional, lo ajeno, que está fraguando una conjura contra la Patria, apoyándose en la oligarquía traidora y en los hombres comunes, enemigos de todo lo novedoso. El general Perón, como Líder de la Nación, es un ser impecable y casi omnipotente, incapaz de dudar, cometer o reconocer errores e inmune a toda crítica. Por eso se expresa de modo conciso y claro: “Las cosas suceden casi siempre por culpa nuestra... Todo había sido entregado al **extranjero**. El país marchaba a la deriva, sin rumbo. Países **extraños** y fuerzas **internacionales** lo sometían a un dominio... Me di cuenta de que todo esto podía remediarse. Poco a poco advertí **que yo era quien podía remediarlo**. En ese momento el problema de mi país pasó a ser un problema de mi conciencia. Lo resolví decidiéndome por la **Revolución**. Esa decisión fue **mi ayuda al destino**.

Las fuerzas conjuradas de la oligarquía y los poderes internacionales pudieron en un momento más que **el pueblo** y que **mi voluntad**.” [1, p. 55–56]. Frases breves, activas, los enemigos detectados, métodos de

lucha determinados. Los enemigos son todos los que, en 1946, se opusieron a Perón: conservadores, radicales, socialistas y comunistas. Todos los que votaron por la Argentina del viejo régimen oligárquico, entregador y vendepatria [1, p. 297]. Ahora el mando, en nombre del pueblo, lo asume el Líder, cumpliendo su voluntad, siendo el Líder y su pueblo todo uno. Nada de epítetos, ni de sinónimos, ni de subjuntivos. El tono duro. El rostro impenetrante. Una reencarnación criolla de su admirado Mussolini, al que había conocido sirviendo de agregado militar de la embajada argentina en Roma.

El discurso de Evita era totalmente otro. Así describe Sebrelli el secreto de su popularidad: “*El atractivo estaba en la voz áspera, enronquecida, que modulaba súbitos arrebatos de ira, momentos melodramáticos en que se excedía y apelaba a los gritos, sollozos entrecortados, vacilaciones que de pronto adquirirían un ritmo salvaje de una fascinación lancinante. La teatralidad de sus gestos, la mano extendida con la palma hacia abajo o el puño cerrado, acentuaba una intensidad donde lo sublime bordeaba lo ridículo.*” [8, 79].

Evita conocía muy bien los valores de su “público meta”, el pueblo humilde, sobre todo las mujeres, porque hace poco era una de ellos. Este público adoraba “lo sublime” y no veía nada “ridículo” en sus modales. Aquellos años “eran los últimos tiempos del arrabal, destinado a desaparecer con el proceso de **industrialización** que desplazó al baldío por **la fábrica** y al compadrito por el **obrero**”. [8, p. 60]. La nueva sociedad argentina, intrínsecamente urbana [9, 10], pero de primera generación, conservaba la mentalidad patriarcal, el culto de la madre de familia, a pesar de que más y más mujeres en la ciudad se veían obligadas a trabajar fuera y eran explotadas no solo por “la burguesía”, sino también por el machismo, el cual veían, sin embargo, como algo natural y normal. “*Lo natural de la mujer es darse, entregarse por amor, que en esa entrega está su gloria, su salvación y su eternidad*” [1, p. 61], no se cansa de repetir Evita, sabiendo que estas palabras encontrarán comprensión de sus compatriotas. Y, junto con esto, poco a poco empieza a explicar su opinión sobre el papel de la mujer: “En las puertas del hogar termina la nación entera y comienzan otras leyes y otros derechos... La ley y el derecho del hombre... que muchas veces sólo es un amo y a veces también dictador.” [1, p. 275].

Uno de los valores más venerados por esta sociedad era la figura de una **madre abnegada**. Evita se atrevió a mostrar a sus compatriotas el lado negativo de esta abnegación: “*La madre de familia ...es el único trabajador del mundo que no conoce salario, ni garantía de respeto, ni límite de jornadas, ni domingo, ni vacaciones, ni huelgas de ninguna clase...*” [1, p. 275]. Y no sólo con decirlo abiertamente se granjeó el apoyo incondicional de esas “*pobres mujeres sin ningún horizonte, sin ningún derecho y sin ninguna esperanza*” [1, p. 276], sino con hacer tantas cosas reales para remediar la situación de la mujer argentina.

Evita no se cansaba de resaltar su propio papel maternal, hasta incorporarlo en su imagen: bautizaba niños, distribuía juguetes, bicicletas, libros, ropa... Esta mujer, joven y hermosa, ¡logró convertirse en la madre de los argentinos! “*En este gran hogar de la Patria yo soy lo que una mujer en cualquiera de los infinitos hogares de mi pueblo. ...Como todas ellas me levanto temprano pensando en mi marido y mis hijos... Como todas ellas prefiero a los hijos más pequeños y más débiles... ¡Es que me siento verdaderamente madre de mi pueblo!*” [1, p. 311–314]. Ese discurso, detrás del cual estaban hechos reales, ayuda y apoyo concreto a miles de personas, iba directamente al corazón de la gente sencilla.

Sin embargo, la Argentina urbana tenía sus nuevos héroes y heroínas, reflejados en su género más genuino, el tango. La anciana madre queda a la sombra de **los amantes** apasionados, y el amor, en todas sus versiones, ocupa un lugar privilegiado en el discurso de Evita. Pero ella supo darle otro cariz a ese amor, vinculando el afecto al marido con la causa de su vida: “*Busqué con afán en todas sus cartas una palabra que me dijese su amor. En cambio, casi no hablaba sino de sus “trabajadores”... Su rara insistencia me iluminó: aquel “encargarme de sus trabajadores” era su palabra de amor, su más sentida palabra de amor!*” [1, p. 46].

Evita logra unir en su imagen cuatro tipos de mujer: **la señora** de las ceremonias oficiales, **la compañera** de los obreros, **la mujer fatal** del tango y **la madre de una gran familia**. Esa última imagen era la más subrayada, porque su autora sabía perfectamente que iba directamente al corazón de los argentinos: “*Yo soy una mujer tranquila, hogareña, amiga de la familia*”, proclama por la radio en 1944.

Eva Perón, que solía tomar decisiones importantes por su cuenta, controlar su cumplimiento hasta el último detalle, exaltó como nadie la subordinación de la mujer al varón; así justificaba su propia intervención en la política conseguida gracias al marido: “*yo... sostenía la lámpara que iluminaba sus noches, enardeciéndole como pude y como supe, cubriéndole la espalda con mi amor y con mi fe.*” [1, p. 38]. Tal distribución de papeles era aceptada y compartida por sus partidarios, **los hombres y mujeres “sencillos”**, que difícilmente aceptarían otro discurso. Era una preparación necesaria para que en seguida “se tragaran” novedades tan “dudosas” como el voto femenino y otras muchas, que, pese a una fuerte

oposición, logró que el congreso aprobara y el pueblo apoyara, aunque para conseguir ese apoyo fue necesario introducir la cláusula de la “obligatoriedad” de la votación.

Dirigiendo su mensaje primeramente a la mujer argentina, elabora su propia versión de **feminismo**, pues sabe perfectamente que la versión común no sería aceptada en Argentina, muy apegada a los valores tradicionales: *“Todos los días millares de mujeres abandonan el campo femenino y empiezan a vivir como hombres. Trabajan casi como ellos. Prefieren, como ellos, la calle a la casa. No se resignan a ser ni madres, ni esposas. Sustituyen al hombre en todas partes. ¿Eso es feminismo? Yo pienso que debe ser más bien masculización de nuestro sexo... Y por otra parte, si renunciamos al trabajo que nos independientiza para formar un hogar... quemamos allí mismo nuestras naves definitivamente.”* [1, p. 274]. Su feminismo balanceaba, a caballo entre la vieja y la nueva realidad, pero se daba cuenta de que sus muchas ideas para combinar lo uno con lo otro eran demasiado buenas para llegar a buen puerto: *“Yo he tenido que crear muchos institutos donde se cuida a los niños, queriendo sustituir una cosa que es insustituible: una madre y un hogar. Pero sueño siempre con el día en que no sean ya necesarios... cuando la mujer sea lo que debe ser; reina y señora de una familia digna, libre de toda necesidad económica apremiante.”* [1, p. 282].

Para explicarles a sus compatriotas su frenética actividad social y política, nunca vista antes en Argentina, donde **el papel de la primera dama** era, más bien, nominal y decorativo, Eva Perón recurría muy a menudo a las palabras “destino”, “misión”, “causa”, porque es comunmente aceptado que es imposible renunciar al cumplimiento de la misión que el destino le depara a una: *“El que se sabe hijo de un destino o de la Providencia o de una fuerza desconocida pero de un origen superior a su vida y a su naturaleza tiene que sentirse responsable de la misión que le ha sido encomendada.”* [1, p. 50]. *“Creo que si alguien se ve de pronto llevado a un puesto de responsabilidad en su lucha por una gran causa, debe buscar en su vida la explicación de su caso.”* [1, p. 52]. Todas estas palabras altisonantes no eran vacías para ella, lo demostró en los 33 años de su vida. Creía firmemente que la mujer vive mejor en la acción que en la inactividad. La explicación era muy simple: el hombre puede vivir exclusivamente para sí mismo, la mujer, no. *“Yo creo que no es mujer, o no puede decirse que viva... Un hombre de acción es el que triunfa sobre los demás. Una mujer de acción es la que triunfa para los demás... La felicidad de una mujer no es su felicidad sino la de otros.”* [1, p. 300].

De ahí que en el discurso de Eva Perón a menudo aparezca la palabra “**sacrificio**”, que en su caso no es una mera palabra, sino un concepto básico de su actividad, a la que intenta darle un matiz religioso, cristiano. Y, pese a que sus detractores le reprochan haber abierto a su nombre cuentas bancarias en Suiza, tener cuentas opacas en su obra de beneficencia, apropiarse de los bienes de los adversarios del régimen; pese a que, posiblemente, todos sus “supercríticos” tuvieran fundamentos para las denuncias, su “público meta”, — los “hombres sencillos”, las mujeres trabajadoras, las madres de familias sentían que sus palabras tenían eco en sus corazones: *“Todo, absolutamente todo en este mundo contemporáneo, ha sido hecho según la medida del hombre... Nosotras estamos ausentes en los gobiernos... No estamos ni en el Vaticano, ni en el Kremlin... Y sin embargo estuvimos siempre en la hora de la agonía y en todas las horas amargas de la humanidad. Parece como si nuestra vocación no fuese... la de crear sino la del sacrificio. Nuestro símbolo debería ser el de la madre de Cristo al pie de la Cruz.”* [1, p. 284]. Por eso son tan frecuentes en su discurso palabras propias del **lenguaje religioso**: *“¿Por qué, en vez de atacar constantemente a la Patria y a la Religión, no trataban los “dirigentes del pueblo” de poner esas fuerzas morales al servicio de la causa de la redención del pueblo?”* [1, p. 29]. *“El nuevo Líder les hablaba del espíritu y de sus valores, no les predicaba la lucha entre el capital y el trabajo sino la cooperación y los viejos principios del cristianismo.”* [1, p. 112].

Y, hablando así, actuando según estos principios, Evita creaba una base más que sólida para su adoración y flagelación póstuma por dos bandos del pueblo argentino, cuya intransigencia había venido alimentando con su discurso.

LOS RECURSOS LÉXICOS Y ESTILÍSTICOS

Los recursos léxicos y estilísticos con que opera Eva Perón en su libro, en las plazas y en el balcón presidencial, no son difíciles de analizar: no son muy ricos, más bien exigüos, pero perfectamente estructurados y pragmáticamente muy eficientes.

Junto con el **vocabulario “doctrinal” peronista** (Revolución, Nación, Patria, patriotismo, pueblo, Líder, destino, Religión, Dios, justicia social, injusticia, descamisados, oligarquía) se priorizan las **palabras sencillas, pero de gran contenido emocional**, a veces altisonantes, que casi no admiten sinónimos:

mujer, hombre, alma (espíritu), vida, amor, corazón, sentimiento, injusticia, indignación, destino, misión, causa, gloria, sacrificio, lucha, pueblo etcétera. A diferencia del discurso peronista “masculino”, de tono militar, cuyo ejemplo se ofrece arriba, la manera de expresarse de Evita es muy femenina, aunque también militante. El sustantivo casi siempre va acompañado de adjetivos con mucha carga sentimental: íntimo, débil, humilde, maravilloso, magnífico, fanático, incomprensible, inexplicable, natural y otros. Los verbos que elige Eva para sus alocuciones tampoco son muy rebuscados, pero le ayudan a expresar sus ideas en forma de opinión, consejo, sentimiento, con muchos mitigadores discursivos de todo tipo, evitando los de voluntad, negación o aserción directas. Las formas gramaticales que usa Evita también contribuyen a que el mensaje llegue a los oídos /ojos del recipiente de forma soslayada, para prevenir una posible protesta u oposición: “*Yo me permito insistir en este tema con dos palabras más, que quisieran ser de humilde consejo*” [1, p. 52]. “*Perdónenseme estas explicaciones que, sin quererlo, casi han venido a dar con cierto tono de filosofía que no entiendo y no deseo hacer.*” [1, p. 50].

Fiel a su imagen de mujer sencilla, sin muchos estudios, Evita hace ascos a palabras y razonamientos demasiado cultos; en caso de recurrir a su empleo, intenta rodearlas de conceptología peronista (“*la tercera dimensión de la injusticia social*” [1, p. 18] o religiosa (“*el destino me daría un lugar, muy humilde pero lugar, en la hazaña redentora*” [1, p. 24]; “*Esto fue lo peor de mi calvario por la gran ciudad*” [1, p. 43]; “*aquel bautismo de dolor que me purificó de toda duda y de toda cobardía*” [1, p. 43]), o darles una explicación sentimental.

A veces se le escapan “tecnicismos” (“*se alarmaron y organizándose en la sombra se juramentaron para hacerlo desaparecer*” [1, p. 37]. Su discurso está salpicado de banalidades, expresiones sosas (“*estrechar las manos callosas y duras de los trabajadores*” [1, p. 39], *morir por amor, milagro del amor, en la intimidad de mi alma*), tan propias del llamado “lenguaje femenino”, pero nunca cae en la vulgaridad, ni utiliza palabras soeces o malsonantes.

Usa con profusión el sufijo **—ía** para crear palabras que expresen su actitud negativa a cierta clase de fenómenos, que iban en contra de su aproche a la vida: *charlatanerías, sentimentalería romántica, sensiblería romántica* y otras tantas.

Evita rara vez utiliza **refranes y proverbios**, todos de uso muy frecuente, pero sabe darles una forma particular: “*Mi sentimiento fundamental de indignación por la injusticia llenó la copa de mi alma hasta el borde de mi silencio, y empecé a intervenir en algunos conflictos*” [1, p. 22]. “*Perón dice que soy demasiado peronista porque él no puede medir su propia grandeza con la vara de su humildad*” [1, p. 61].

Mucho más profusa es ella en el uso de **metáforas y comparaciones**.

Su discurso cuenta con comparaciones estables, que se repiten de texto en texto (Perón — águila, Evita — gorrión; pobres — pasto, ricos — árboles) y muy innovadoras: “*Creo que así como algunas personas tienen una especial disposición del espíritu para sentir la belleza como no la sienten todos, más intensamente que los demás, y son por eso poetas, pintores o músicos, yo tengo, y ha nacido conmigo, una particular disposición del espíritu que me hace sentir la injusticia de manera especial, con una rara y dolorosa intensidad*” [1, p. 20]. Una comparación directa con personas de talento especial, — músicos o poetas, parecería demasiado ostentosa, pero matizada de este modo resulta más modesta y aceptable.

Las metáforas del discurso de Evita frecuentemente tienen conexiones con la religión cristiana (“*Pronto, desde los bordes del camino, los “hombres comunes” empezaron a apedrearme con amenazas, insultos y calumnias*” [1, p. 36], — una alusión directa a la famosa escena de Cristo y la pecadora y, al mismo tiempo, indirectamente, al pasado de la misma Eva Perón. “*La cobardía de los hombres que pudieron hacer algo y no lo hicieron, lavándose las manos como Pilatos, me dolió más que los bárbaros puñetazos*” [1, p. 43], — un ladrillo más en la construcción del monumento a su marido presidente, al que colmaba de elogios desmesuradamente y sin cesar : “*En ellos (los salones) se miente demasiado para que eso pudiese ser soportado por un hombre de sus quilates.*” [1, p. 67]. Evita equipara a su marido a un diamante, cuyo valor se mide en quilates, poniéndolo así fuera del alcance de la gente común.

RECURSOS RETÓRICOS

La verdadera maestría de la autora del artefacto “Evita”, que le aseguraba la atención, admiración y el apoyo de su público está en la sabia combinación de los recursos discursivos y en el uso abundante de los recursos axiológicos y estilísticos, bastante sencillos, pero no por eso menos eficientes, porque siempre estaban a la medida de su auditorio. En una de sus biografías se escribe que Evita “*hacía de emperatriz con tono tanguero*”, usando el “lenguaje sensiblero” [2].

En todos los estudios de retórica política se subraya que, desde los tiempos de oradores griegos el resultado más seguro lo consiguen los discursos “ornados”, “cultivados”. Los textos mediáticos llenos de banalidades y clichés suelen ser valorados como manipuladores de baja estofa, y son rechazados por los lectores, resultando, al fin de cuentas, ineficientes. Para lograr el objetivo de ganar partidarios sería deseable “encantar” a las masas, imponerles su voluntad y sus criterios [13]. Las claves del éxito es conocer a su público y tener mucha empatía, que ya sugerirá los instrumentos retóricos a usar.

La tecnología política conoce un método infalible de hablar con las masas, que había sido formulado aun en la época romana: Qui non est nobiscum, adversus nos est. Este enfoque, que divide el mundo en blanco y negro, en partidarios y enemigos es muy cómodo y supereficiente, porque resuelve muchas cosas de un golpe. Como en la guerra: ponte al lado del líder, cumple lo que manda y no pienses más. El discurso de Evita es una muestra ejemplar de este principio: las masas del pueblo se identifican con ella, portavoz del Presidente Perón: **¡divide y vencerás!**

El discurso de Evita divide a los argentinos en “hombres humildes”, siempre marcados con el signo positivo y a los que no deja de halagar, y “hombres comunes” — eternos enemigos de todo progreso, marcados con signo negativo: “Y mientras **los hombres comunes**, los de mediocridad siempre despreciable, venenosa y estéril solo buscan las cosas nuevas para el ataque, nuestro movimiento les ofrece diaramente algo sin precedentes.” (1, p. 97); “¿Por qué **los hombres humildes**, los obreros de mi país no reaccionaron como **los hombres comunes** y en cambio comprendieron a Perón y creyeron a él?” [1, p. 37].

Divide a sus compatriotas en “oligarquía”, origen de todos los males del país, y “descamisados” — término inicialmente negativo, pero en el lenguaje doctrinal peronista adquiere connotaciones positivas: “**Descamisado** es el que se siente pueblo; un **oligarca** venido a menos podrá ser materialmente descamisado, pero nunca será un descamisado auténtico.” [1, p. 117].

Divide el mundo en lo argentino, lo nacional, valorado como superpositivo, y lo extranjero o internacional que, incluyendo las lenguas extranjeras, que encarna lo más negativo que hay: “Cuando una cosa es **internacional**, pierde incluso el derecho a tener Patria aun en su país de origen.” [1, p. 109]; “en el fondo de la prédica que sostenían (los socialistas) se veía fácilmente la influencia de las ideas **remotas**, muy alejadas de todo lo **argentino**; sistemas y fórmulas **ajenas** de hombres **extraños a nuestra tierra**.” [1, p. 28].

Separa claramente “el azar”, como algo casual e insignificante, y “el destino”, que determina la vida de personas y pueblos: “No es **el azar** que me ha traído a este lugar que ocupo, a esta vida que llevo. Gracias a Dios, las cosas suceden de otra manera, que unos llaman **Destino** y otros **Providencia**, y casi todos lo atribuimos a Dios.” [1, p. 50].

Casi nunca aparece en su discurso la palabra “gente”, siempre trata de “hombres y mujeres”, tanto cuando quiere contraponerlos, como para hablar de todos juntos: “Yo creo firmemente que, en verdad, existe una fuerza desconocida que prepara a **los hombres y a las mujeres** para el cumplimiento de la misión particular que cada uno debe realizar.” [1, p. 50].

Toda la estructura oratoria de Evita se basa en **estructuras duales**: conceptos opuestos, paralelismos, epítetos pares; todo se encadena de dos en dos, creando un ritmo potente e inequívoco, que enardece los sentimientos y pasiones y adormece el intelecto y lógica: “¿Por qué no me resigné jamás a ver **pobres y ricos** como una cosa **natural y lógica**? ¿Por qué siempre sentí indignación ante los dueños **del poder y del dinero** que explotaban a **los humildes y a los pobres**?” [1, p. 51].

Otro ejemplo de su prosa rítmica y repetitiva, muy adecuada para hablar en los mítines, ante multitudes, pero que se impone también leída en un libro: “Donde él [Perón] daba una lección magistral, yo apenas balbuceo. Donde él solucionaba un problema con cuatro palabras, yo me quedo a veces una semana entera. Donde él veía, yo apenas vislumbro. Donde él decidía, yo apenas sugiero.” [1, p. 114].

Ese **ritmo de componentes pares**, tan propio del discurso de Evita, se sostiene por los pares de sustantivos quasi sinónimos: días de angustias y de amarguras; la traición y la cobardía; los gestos iluminados de la lealtad y del ; o quasi antónimos: es un paisaje de muchas sombras y muchas luces; las causas y los objetivos que me he propuesto cumplir. También por los pares de adjetivos-epítetos que caracterizan a personas y cosas: la oligarquía capitalista y despiadada; sí, soy peronista, fanáticamente peronista; es cierto, totalmente cierto; yo tengo mis razones, mis poderosas razones; este canto, humilde y sincero.

La misma técnica se observa en el uso de los verbos y otros recursos: “Siempre he actuado en mi vida, más bien, **impulsada y guiada** por mis sentimientos” [1, p. 15]. “Nadie podrá **discutir ni ponerlo en duda**” [1, p. 9]. “Ni mi vida, ni mi corazón me pertenecen. Nada de lo que soy o tengo es mío... Yo no olvido ni me olvidaré nunca de que fui **gorrión ni que sigo siéndolo**.” [1, p. 10]. “No lo hago para **contradecir o refutar** a nadie. Quiero más bien que **los hombres y mujeres** de mi pueblo sepan **como siento y como pienso**.” [1, p. 14].

Salvo una que otra rarísima vez aparece en el discurso de Evita una triada de elementos: adjetivos-epítetos, verbos-predicados u otros. Son casos excepcionales, que sólo y únicamente se refieren a su marido, Juan Domingo Perón y su causa. Por ejemplo, Perón, desde la cárcel, cuando se decidían los destinos del país y de su presidencia le escribía “*con su letra clara, firme y decidida*”, que les dijera a sus obreros “*que estuviesen tranquilos, que no se preocupasen por él, que no creasen situaciones de violencia*.” [1, p. 45–46].

El secreto retórico de períodos pares e impares se remonta a los orígenes de la cultura europea, a Pitágoras y sus discípulos, que atribuían características numerológicas a una determinada simbología, que provenía de los efectos rítmicos de éstas. Así, a las duadas, por su naturaleza inestable y falta de rigidez geométrica, se les consideraba símbolos de la inestabilidad, desigualdad ignorancia. Por tanto, la duada es proclive al cambio (un cuadrado se convierte en un rombo fácilmente), y es la madre de la sabiduría, pues la ignorancia tarde o temprano llevará al nacimiento de la sabiduría, cuyo símbolo es la triada. La gente dual, que ve el mundo en blanco y negro y busca enemigos en todo lo ajeno, procrea el mal, los conflictos y las guerras. La gente de la triada cultiva la amistad, el compromiso, la paz [15, p. 494–495].

En una ocasión intenté aplicar estas ideas griegas antiguas al estudio del estilo de Francisco Umbral, uno de los más brillantes escritores españoles del siglo XX [12]. En la novela “Leyenda del César Visionario” el fallecido maestro describe los comienzos del franquismo en España, — un régimen ejemplar para los peronistas. Caracterizando a los franquistas convencidos Umbral siempre utiliza adjetivos pares, dos o cuatro; mientras que los liberales, que en el fondo intentan oponerse al dictador, se destacan por tres epítetos u otros elementos, tanto en las descripciones como en el estilo directo. La virtuosidad magistral del escritor en el uso de este método le permite poner los acentos ideológicos de manera muy discreta, evitar los reproches de afiliación política, pero darle a entender al lector, de qué lado están sus simpatías.

Evita es una persona de la duada pitagoriana, y su público meta también. Utiliza este método sencillo y muy eficaz, que le ayuda a elevarse a la cúspide de la adoración y la fama. Lo más admirable es que sus adversarios — gente mayormente dual también, pero del lado opuesto, reconocían asimismo su supremacía, pero les despertaba tanto odio y miedo, que basta para explicar toda la parafernalia que ocurría a su muerte.

CONCLUSIONES

El estudio del discurso de Eva Perón, el componente principal de su imagen, muestra la existencia de una correlación estrecha con el lenguaje propio de los artefactos arquetípicos de la cultura argentina. Pese a que sus textos corresponden a todas las normas de la gramática académica, pese a que les faltan los rasgos gramaticales propios de la variedad rioplatense (“voseo” y otros) y argentinismos léxicos, constituyen un producto muy genuino de una “personalidad lingüística argentina.

En la cultura y en la lengua nada nace de la nada, todo tiene sus orígenes, precursores y seguidores. Evita prioriza el sentimiento, el “corazón” es el centro semántico de su artefacto. El “destino” y el “amor” son las palancas que lo mueven todo: la familia, la pasión, la política y la muerte. Su discurso y su vida se desarrollan al compás del tango o pasodoble, los contenidos tratan de la lucha de dos partes opuestas e inseparables, la atmósfera de tensión y peligro se respira con éxtasis. Tras el umbral de los recintos urbanos se siente la inmensidad de la pampa y la solitaria figura del gaucho, inseparable de la muerte.

Cómo consiguió que la adoraran unos y odiaran otros, pero que no le envidiara nadie? — Logra encarnar en su artefacto la versión criolla de Cenicienta que encuentra a su Príncipe Azul: el “día maravilloso” de su encuentro con Perón, (al que convierte en un verdadero príncipe en su discurso). Un salto a la fama (se puede envidiar a tu vecina, pero a la Reina de Inglaterra, no). Y al mismo tiempo sigue siendo “una humilde mujer”, como todas, “un gorrión”. No renuncia a su pasado oscuro, lo expone con creatividad, brindando a otros “hombres y mujeres humildes” la posibilidad de sentirse copartícipes del milagro.

La imagen como artefacto tiene muchos componentes: social, ideológico, profesional, visual, kinésico y verbal. Las palabras que determinan la existencia espacial de Evita se centran en la ciudad de Buenos Aires (calle, plaza, barra, balcón, casa, jardín, arrabal, orillas), se siente inseparable de sus habitantes arquetípicos (pueblo humilde, padre, anciana madre, hijos, novia, viuda, mujer trabajadora, mujer fatal, compañera, descamisados, jubilados, hombres comunes, oligarquía). La atmósfera en que

viven (amor, pasión, melodramatismo, sollozos, miseria, lluvia, soledad, nostalgia, corazón, subordinación, evasión, olvido, muerte) está muy influenciada por la política (patria, pueblo, Líder, presidente, misión, causa, nacional, criollo, internacional, ajeno). Los valores principales del artefacto y de su autora: casa, familia, hogar, madre, gloria, eternidad, lucha, justicia social, trabajo, tierra natal, lo criollo.

El ídolo argentino es siempre joven. Muere temprano, pero la existencia de su artefacto sigue más allá de sus exequias, sin que el autor apenas pueda controlarla. Apenas, porque en vida siempre piensa y habla de la muerte. Es normal, y con eso se recaba cierto derecho de influir en algunas de sus resurrecciones.

Evita muere de cáncer a los treinta y tres años, tal y como se había propuesto, fiel a su causa, cumpliendo su misión. En sus discursos hablaba también de la muerte, le gustaban los verbos en futuro. Una de sus últimas apariciones en público termina así: *“el pueblo argentino llevará mi nombre como una bandera de la gloria”*.

En 1929 el gran escritor argentino Jorge Luis Borges lamentaba en una de sus obras:

“No hay leyendas en nuestra tierra y ni un sólo fantasma camina por nuestras calles”. Cebrelli en 2008 afirma: Hoy existen leyendas y algunos fantasmas, y explica que en Argentina los mitos surgen tan fácilmente y los ídolos son tan adorados porque en el país había sido creada la tradición de venerar a los próceres, tales como José de San Martín, Domingo Fausto Sarmiento y otros. Los “padres de la patria”, mitad reales, mitad legendarios eran indispensables para una nación que estaba naciendo: un pasado heroico es necesario para un país joven, le garantiza estabilidad, apaga tendencias centrífugas en una tierra tan amplia como Argentina, que logró asimilar a tantos inmigrantes heterogéneos. [8, 29].

Evita llegó a ser la única “madre de la Nación” argentina. Su mito se había desarrollado como debe desarrollarse un mito: en un proceso maniqueo de divinización y demonización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

1. Perón, Eva. La razón de mi vida. Baires, 1951.
2. Dujovne Ortiz, A. La biografía de Eva Perón. Baires, 1995.
3. Романова Г.С. Эрнесто Че Гевара: лингвистический анализ дневника и писем. В: Риторика в свете современной лингвистики. Седьмая межвузовская конференция. Тезисы докладов. СмолГУ, 2011.
4. Романова Г.С. Карлос Гардель, Эва Перрон, Диего Марадона: имидж как артефакт. Филологические науки в МГИМО, №40(55). М., МГИМО, 2010.
5. Romanova, Galina. Ernesto Che Guevara, imagen como artefacto. В: Perspectivas globales del mundo a través del lenguaje y la cultura: investigaciones y enseñanza. М., МГИМО, 2010.
6. Романова Г.С. Имидж как артефакт. В: Актуальные проблемы оманно-германских и восточных языков. 7-е Степановские чтения. М., РУДН, 2010.
7. Зинченко В.Г., Зусман В.Г., Кирнозе З.И. Межкультурная коммуникация. От системного подхода к синергетической парадигме. Флинта-Наука, 2008.
8. Sebreli, Juan José. Comediantes y mártires. Ensayo contra los mitos. Ed.Sudamericana, 2008.
9. Докучаева О.Н. Самая известная латиноамериканка. Латинская Америка, 2002, №11, с. 54–67.
10. Portantiero, Juan Carlos. Peronismo, socialismo, clase obrera. En: Controversia, México, 1980, N8.
11. Fernández, María Inés. Democracia y la prensa. La contienda discursiva. Buenos Aires. Pueblo Heredero. Sistemas INJDP, 2013, 1199 p.
12. Романова Г.С. Франсиско Умбраль и прилагательные. Риторика в свете современной лингвистики СмолГУ, 2009.
13. Колесникова Э.В. Слова языка. Статьи по лингвистике и риторике. М., 2003.
14. Леонтьев А.А. Психолингвистические единицы и порождение речевого высказывания. М., 2003.
15. Философский энциклопедический словарь. М., 1983.
16. Ларионова М.В. Испанский газетно-публицистический дискурс: искусство информации или мастерство манипуляции? : монография / Моск. гос. ин-т междунар. отношений (ун-т) МИД России, каф. испанского языка. — М.: МГИМО—Университет, 2015. Серия “Научная школа МГИМО”.

РОМАНОВА ГАЛИНА СЕМЕНОВНА
(УНИВЕРСИТЕТ МГИМО, МОСКВА, РОССИЯ)

ЭВИТА: СОЗДАНИЕ ИМИДЖА ДИСКУРСИВНЫМИ СРЕДСТВАМИ

В статье анализируется использование лексико-стилистических средств в дискурсе Эвы Перон, супруги 21-го президента Аргентины. Ее называют “самой обожжаемой и ненавидимой аргентинкой всех времен”; ее манера выступать, ее бедный и простой лексикон, используемые ею стилистические, прагмалингвистические и ораторские приемы оказались настолько эффективными, что создали ей не только имидж, но и культ, который и сейчас находит поклонников в Аргентине и за ее пределами.

Ключевые слова: артефакт, имидж, дискурс, концепт, лексика, стилистические средства.

ROMANOVA GALA

EVITA: IMAGE BY HER DISCOURS

The aim of the article is to analyse the discourse of Eva Peron, the famous first lady of Argentina during the presidency of Juan Domingo Peron. Her manner of appearing in public, the language of her speeches, poor and simple, but very efficient, her oratory and stylistic methods made her the image of “the best beloved and the most hated argentinian of all the times”. Evita not only created her image, but also a cult of her personality, that founds adepts, till now, all over the world.

Key words: artifact, image, discourse, concept, lexicon, stylistic methods.

Romanova Galina Semenovna es Doctora en Filología, catedrática del Departamento del Español de la Universidad MGIMO, Rusia.